

LA BELLEZA DE SER SACERDOTE EN LA CULTURA ACTUAL

ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ*

Las siguientes reflexiones podrían haber llevado sencillamente por título «ser sacerdote en la cultura actual». ¿Por qué anteponer a esta afirmación el sustantivo «belleza»? ¿Qué añade la expresión «la belleza de ser» al verbo «ser» sin más?

En primer lugar, la *percepción concreta* de lo que un sacerdote es desde el punto de vista ontológico y esencial. Resulta evidente que cuando queremos contemplar el sacerdocio en su belleza intrínseca y no sólo en su deber moral tenemos que tomar como base lo que lo define desde un punto de vista teológico y esencial; sin embargo, al hablar aquí de belleza tratamos de subrayar la existencia concreta del sacerdote en el marco de la cultura actual. Cuando en los últimos tiempos la teología ha propuesto el trascendental de la belleza para contemplar la figura de la revelación que es Cristo, ha querido ir más allá del racionalismo y moralismo ilustrado que desde sus condiciones apriorísticas quiso imponer la forma de aparición de esa figura. Si lo primero es la belleza como expresión de la verdad interna de una realidad, pero manifestada en su figura concreta e histórica y no ideal, entonces al contemplarla debemos dejar que ella se nos dé y se nos muestre en toda su dimensión y en total libertad, sin imponerle nuestros presupuestos u horizontes culturales, con frecuencia demasiado estrechos.

Por eso, en segundo lugar, habría otra nota importante en el sustantivo belleza acompañando al verbo ser. Este término no podemos entenderlo desde un punto de vista puramente estético y mucho menos cosmético, al menos tal y como estos conceptos son entendidos hoy. Con el término belleza queremos subrayar *la gracia de ser* sacerdote, como un don previo a nuestra decisión personal; la alegría que supone ser llamado por el Señor a este ministerio, antes que las decisiones y opciones morales que conlleva. No porque haya que ocultar este «deber ser» o imperativo que nace del

* Profesor de Teología dogmática en la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid. Conferencia pronunciada en el 8 de marzo de 2016 en Salamanca.